

# RIMAS Y RITMOS INTERIORES

Mertxe Carneiro Bello

Aquel verano tenía el lomo decaído, fétido el aliento, agónico el iris de sus atardeceres. *Des épaves, partout des épaves*. Yo sabía, sabíamos, que algo vital se acababa para siempre y aunque no decíamos nada, yo sabía, sabíamos, que muy pronto la oquedad de nuestras manos ya no tendría remedio. Aquel verano en estado terminal atraía inexorablemente a un carroñero menor, un otoño que afilaba diminutas garras de lluvia y resoplaba a través de su pico boreal, babeante de impaciencia. Confieso que a veces te miré buscando tu mirada. Debo decir que a veces quise hablar buscando tus palabras. Pero, lo mismo que el verano, ya casi no estabas y creo que, en el fondo, yo también me hallaba ausente. *Et quoi maintenant? Des épaves et encore des épaves*. De pronto nos habíamos convertido en *les grands pays muets* de los que habla Vigny y de los que Mauriac comenta que sólo están mudos porque están muertos. Lo cierto es que el verano capituló, al final, inadvertidamente, *comme si de rien n'était*, me dije entonces. Mi pensamiento hablaba francés e iba, como todos los pensamientos, infinitamente más rápido que la boca. Pero no tanto como el tiempo. Y hoy ocurre que ha pasado mucho, mucho tiempo, y sigue aquí, conmigo, entraña adentro, este dolorcillo quedo y azulado que es la sumergida voz, el teorema matemático de mi existencia, en alguna ocasión, al igual que el del mítico Odiseo, mi espíritu se vuelve levantisco y entonces se incorpora y llama a la ojizarca. Pero los recuerdos no dejan de llover en esta playa y temo que jamás tendré la libertad que da el olvido: el no pensar que se piensa, el ser no siendo. Por eso ansío una conciencia neutra y nueva, a estrenar constantemente, sacar la lengua a Sartre cuando viene a decir que *nous ne sommes rien d'autre que nos actes* porque yo sólo quiero ser presente y nacer a cada instante. Pero ya digo, hoy ocurre que ha pasado el tiempo y aún estás aquí, conmigo. No puedo (¡y mira que lo intento!) echarte, ahuyentar tu recuerdo. Por eso en alguna ocasión mi espíritu se vuelve levantisco y desencadena contra ti vientos de olvido. Cardinales, incesantes, soberbios. Pero es inútil porque sigo oyendo el fragor de tus pasos por mis sueños y me escuece tu sombra en la retina y es un estruendo tu voz en mis oídos y quisiera apagarte de una vez en mi memoria, darte muerte y, tal vez (es un decir), morir contigo. Pero *et si tu revenais?* Si tú volvieras ¡volverían tantas cosas! Volverían los días que estuvieron quietos y, a la cabeza, aquel verano que murió de anonimato. Resulta que posiblemente penetraríamos el secreto machadiano de *las horas que*

*no se han vivido y de las cosas que no fueron*. Regresaría, en suma, todo lo que desfiló tan sigilosamente, qué sé yo, todo lo que puebla una felicidad tranquila y como inexistente. La vida que estuvo agazapada, *voilà*, regresaría la vida que dejamos escapar porque creímos que era más importante salirnos con la nuestra, castigar, castigarnos no sé qué terribles agravios. *Mais enfin*, lo olvido, de nuevo se me olvida que un regreso sería fortaleza y aquí que yo sepa, que sepamos, es asunto de dureza, de cuarzo que se atreve con acero. Nada mueve a tales rocas de su asiento. Ahora, de tarde en tarde, te veo pasar veloz hacia ninguna parte y me sale al encuentro, patético e innecesario reto, tu sonrisa de sílice afilada. Ese dolorcillo antiguo se me hace acanalado y gélido. Me recorre brevemente. Me estremezco, aparto la mirada y pienso: *voilà la solitude en promenade*. ✍

